

## INTRODUCCIÓN

### Cargarse de razón

LOS amigos de Turpial me pidieron que escribiera sobre el insulto a raíz de un reportaje que publiqué en el periódico *El País* acerca de la extremada bajeza a la que había llegado el periodismo y la vida española en tiempos recientes. Fue para mí como un desahogo, pues la tendencia a insultar está por doquier, todos caemos en ella, y la educación recibida no parece afectar a quienes protagonizan (protagonizamos) el uso frecuente del descrédito del otro.

Aquel reportaje, que es la base sobre la que me pidieron que preparara este pequeño volumen contra el insulto (y así lo he titulado), me llevó a hablar con algunas personalidades preocupadas por el lenguaje y también por la conducta de las personas en relación con los demás; hablamos sobre la raíz del insulto, sobre la impunidad en que éste se produce, por vacíos legales o por indolencia social, sobre la inmunidad que conlleva el ejercicio avieso de esta mala costumbre social. Es una vieja obsesión mía, como periodista pero sobre todo como ciudadano, como persona: qué permite convertir en insulto la opinión, qué mecanismo psicológico abre en el ser humano la posibilidad de arremeter contra los demás, con palabras, hasta herir su dignidad en lo más íntimo. Qué tiene el hombre que le convierte en una bestia para el otro, qué nivel de odio llega a almacenarse para que lo que se puede decir sin ofender sea exactamente una ofensa.

En mis tiempos infantiles y adolescentes escuché a mi padre hablar en alto, como si estuviera enfadado, y aunque no lo estuviera yo sentía que aquellos gritos equivalían a su disgusto por las opiniones ajenas o por los otros, a los que él respondía con exabruptos. A veces había, por supuesto, exabruptos, pero aunque no los hubiera aquel manejo desmañado de los decibelios siempre me pareció, por parte de mi padre, una extralimitación de sus razones. Mi padre se cargaba de razón, arremetía, anulándolas, contra las razones del otro, y consideraba, una vez cometido su desahogo, que el otro ya quedaba anulado o al menos persuadido de que quien tenía razón era el que había hablado más alto.

En mi oficio, el periodismo, esta afición por el grito se ha desmedido en los últimos tiempos, o quizá yo mismo he percibido cada vez más alto el fenómeno porque me siento más atento o más sensible. Y es probable que siempre estuviera entre nosotros ese gen defectuoso que los españoles atesoramos como una de nuestras características, como la característica del toro o de la vaca es topar o la del burro rebuznar. Mientras que ni el toro ni el burro se vanaglorian de sus facultades para topar o para rebuznar, los humanos, y en concreto los españoles, nos sentimos muy orgullosos de ser como somos y de descalificar al otro porque nosotros somos los que tenemos la razón. Y la gritamos, a veces insultando al otro para que se calle, o gritándole para que su voz deje de existir.

Javier Pradera, mi compañero en *El País* y uno de los grandes editores que ha tenido la lengua española, y que además habla muy bajito, me explicó un día una frase, «cargarse de razón», que viene muy bien para definir esa tendencia a arrojar al otro nuestro propio juicio como si éste fuera el horizonte definitivo de cualquier discusión. Cargarse de razón. En la vida privada, en los taxis y en las casas, en los patios del colegio o en los bares, cargarse de razón es lo que hacemos todos: tenemos un argumento y hacemos uso de él sin tener en cuenta la razón del otro; pero es la vida privada. Lo que ha ocurrido, y de eso iba, sobre todo, aquel reportaje

que movió a los editores de Turpial a pedirme que recopilara aquí algunas opiniones sobre el insulto, es que esa facultad de cargarse de razón domina prácticamente todos los campos de los medios de comunicación, empezando por la televisión, que es el que más peligro pedagógico tiene. Las tertulias, matutinas, vespertinas o nocturnas, se llenaron de chillidos en España en un momento determinado, sobre todo a partir de 1993, cuando se dio por concluido el espíritu de la Transición que se había reactivado en 1981, a partir del golpe de Estado protagonizado por unos guardias civiles que, al mando del teniente coronel Tejero, levantaron la voz más de la cuenta, incluyendo el «¡Se sienten, coño!», que quedó como uno de los insultos más sonoros de la historia de la última democracia española.

En las tertulias televisadas, en algunas de ellas, sin duda, pues ahí es peligrosa toda generalización, se ha instalado la frecuencia del insulto (que es también equivalente a descalificación del contrario) como una de las armas lícitas (digámoslo así) de la conversación. El efecto pedagógico que tiene esta barbarie gritada es incalculable, y de eso hablan en este libro dos personalidades, el filósofo Emilio Lledó y el periodista Iñaki Gabilondo. Y los efectos sociales de esta perversión han sido tan estruendosos que ya los tertulianos de cierta rama de este saber insultador son elegidos en función de la capacidad de grito o de descalificación que alberguen. Un antiguo secretario de Estado de Comunicación del primer Gobierno de Aznar, que es también periodista, Miguel Ángel Rodríguez, declaró ante el juez, nada menos, que había insultado al doctor Luis Montes, por lo que fue condenado, porque así se lo pedía su oficio de tertuliano: cuanto más gritara (y llamó «nazi», repetidamente, al citado médico) más caché podía tener su participación en el programa (en aquellas ocasiones estuvo insultante en *59 segundos*, de Televisión Española y en *La noria*, de Telecinco).

Esa falacia, que por el insulto recibes mejor audiencia, se ha instalado en los medios; y no sólo en la televisión. Y, además, se ha

instalado en la propia mente de los que levantan la voz: no hace falta que les indiquen que deben levantarla, ya ellos la llevan levantada de casa. En la radio (en ciertos radios) y en determinadas cadenas de la nueva TDT española (que cubre casi todo el espectro del dial) se produce la unanimidad del insulto; al contrario que en aquellos dos programas citados, ahí no hay controversia, sino unanimidad; se trata de derribar al contrario, pero el contrario no está presente, ni nadie representa sus ideas o su defensa; es el enemigo a batir, el adversario al que hay que hundir cueste lo que cueste, con las armas más arteras, que se utilizan en nombre de no sé qué justicia patriótica o divina. Durante algunos años estuve escuchando algunas de estas emisoras, y más recientemente estuve haciendo excursiones por el dial de la TDT asombrado de la persistencia, en personas educadas (en el sentido de que estudiaron sus respectivas carreras universitarias), de esa funesta manía de arrojar ceniza o mierda contra los demás, sean los demás personas físicas, instituciones o colectivos políticos o sociales marcados ya por el odio que acendra en la mente humana la justificación de cualquier chispazo insultante.

En la letra impresa el proceso ha sido similar; gente educada, o educadísima, instalada en el conocimiento literario, jurídico o simplemente periodístico, ha considerado oportuno dejar a un lado las maneras y ha decidido que, ya que no hay límites legales que se lo impidan, puede decir de los otros lo que le venga en gana, sea incierto o sea dudoso el argumento del que se prevale. Evidentemente, no toda la profesión está metida en ese lodazal, pero la prensa impresa se ha nutrido de estos personajes que, sin encomendarse sino al diablo, han decidido que meter el dedo en el ojo del adversario es mejor que escuchar al adversario o al menos dirigirse a él con el debido respeto, que merecen no sólo los otros sino también los lectores.

A mí, como oyente, como televidente y como lector, me parece conveniente, ante cualquier insulto, que nos pongamos en el lado de los insultados, pues ésta la tengo por una actitud altamente

pedagógica. Si nos ponemos en ese lado nos sentimos insultados, y si nos sentimos insultados podemos interpretar mejor lo que siente la persona que ha recibido las consecuencias de ese andamiaje viscoso que se esconde tras los insultadores.

En tiempos más recientes, a la prensa (y a la radio y a la televisión) tradicional se le ha unido, en el ámbito del insulto desafiante y desmedido, e incontrolable e incontrolado, el exabrupto de la red. La mayor parte de los blogs abiertos, los comentarios que se abren en los medios de comunicación, están transitados por personas que, por el solo hecho de decidirse a entrar con su IP a una red pública, deberían controlar sus opiniones, deberían firmarlas (con sus nombres y sus apellidos) y deberían respetar el ámbito público al que se dirigen.

En lugar de que ocurra esto, en lugar de haber convertido la red en una plaza de gran trascendencia reflexiva, sometida a las discusiones más abiertas y más variadas, hemos dejado que esos ámbitos de discusión y de participación pública se nutran con los insultos más desconsiderados y con la más terrible de las lacras que vive la cultura escrita: el anónimo maldiciente en manos del que quiere hacer daño porque le place, el que no entiende de barreras ni de dicción ni de pensamiento.

Un lodazal. Alguna vez lo dije (y no sólo yo: lo dicen los académicos, lo dicen muchos periodistas, entre ellos muchos blogueros) y me cayeron chuzos de punta; lo sigo diciendo. La red se ha convertido en un lodazal, pudiendo haber sido (y ojalá lo sea algún día) un experimento global de discusión magnificada por la ausencia de fronteras, aunque enfrentada a una frontera: el respeto mutuo. De hecho, este libro es un manifiesto a favor de la educación pública en los foros periodísticos de todo orden que dominan hoy en una sociedad que está al borde de repetir lo que cuenta Paul Preston en su impresionante (y muy mal leído en España) volumen sobre la construcción del odio en nuestro país antes de la Guerra Civil. Se construyó el odio, piedra a piedra, y cuando ese edificio terrible ya estaba bien cimentado, aquellos

que habían contribuido a esta desgracia dijeron (y lo siguieron diciendo, y lo dicen hoy) que aquella contienda entre hermanos era inevitable...

El nivel de insulto que existe entre nosotros es de una estridencia que preocupa extremadamente a los que lo sufren; y los que lo sufren son víctimas de un chantaje. En la conversación entre Lledó y Gabilondo se dice que el insulto es una forma de asesinato, pero es también un método de chantaje. Cuando más insultas, más amedrentas al otro, si el otro es una persona noble y sufrida, pues sentirá impropio responder con las mismas armas. Y así ha ido subiendo el nivel de insulto, y así (como ocurría con aquel comunicador que llamó nazi a un médico, sin tener razones para ello, naturalmente, y quizá por eso fue más gritado su insulto) han crecido falsos prestigios periodísticos que, desde ámbitos muy destacados de la opinión pública, han puesto en la picota a personas honorables a los que han inventado actitudes o historias que sólo existieron en la mente retorcida de los calumniadores. Recuerdo cómo atacaron, por ejemplo, a quien fue presidente de Prisa durante años, Jesús Polanco, a partir de una frase («en España no hay cojones para negarme una televisión») que él jamás utilizó: la inventó un periodista muy reputado que un día, en privado, le confesó a Polanco que, en efecto, esa frase había sido una ocurrencia suya por la que le pedía disculpas... Nunca pidió esas disculpas en público, así que la invención prosperó y aún se escucha en tertulias o se lee en columnas de desavisados a los que les viene bien este tipo de insidias para construir su discurso.

Ni que decir tiene que el cronista que ahora construye este manifiesto contra el insulto también ha sufrido esos denuestos. Pero de eso no se trata ahora. Decía antes que siempre me pongo en la piel de los insultados, y en este libro he querido acoger a algunos de los más conspicuos. Con dos de ellos (Jacinto Pellón, que fue presidente de la denostada Expo de Sevilla, y Pilar Miró, calumniadísima directora general de Radiotelevisión Española en la época de Felipe González) no he podido hablar, pues desgracia-

damente ambos han muerto, pero he requerido de mi memoria su testimonio (en el caso de Pellón) y he buscado (en el caso de Pilar Miró) a Diego Galán, que conoció tan bien a Pilar que le dedicó un libro biográfico en el que, por supuesto, ese periodo de los insultos está bien presente. Cómo los sufrió, qué efecto le produjeron, qué ánimo le quedó en el alma... De eso le pregunté a Diego Galán.

Y de eso le pregunté a dos de los más gravemente insultados españoles de los últimos tiempos, el doctor Luis Montes y Eduardo Bautista, Teddy Bautista para casi todo el mundo. El doctor Montes era el médico de Leganés (Madrid) que se encargaba, en el hospital de esta gran ciudad de la periferia madrileña, de administrar cuidados paliativos a enfermos terminales. Un político de la Comunidad de Madrid, el consejero Lamela, decidió un mal día que lo que Montes hacía era delictivo y organizó contra él una persecución de la que el perseguido se repuso porque muchísima gente salió a la calle en su favor, pero sobre todo porque tenía razón, y la justicia al final desmontó por completo el entramado injurioso que habían perpetrado entre la Comunidad de Madrid y acólitos mediáticos que crucificaron (para muestra, el botón de Miguel Ángel Rodríguez) al médico e intentaron mandarlo al ostracismo. Hablé con él, en la radio y en su despacho, puerta con puerta, casi, con el despacho de Esperanza Aguirre en la Comunidad de Madrid; mi propósito era pulsar su estado de ánimo, algún tiempo después; cómo se sintió, cómo se sentía.

Y lo mismo quise hacer con Teddy Bautista. Lo conozco desde hace muchos años, por paisanaje canario y por la mitología que lo acompaña, desde que era muy joven, como integrante del grupo de rock más importante de los años setenta, Los Canarios. Es un hombre intelectualmente muy preparado, un genio de la música, y una personalidad de envidiables dotes organizativas. A él se debe la estructura exitosa de la Sociedad General de Autores, así como la puesta en marcha de los ingenios tecnológicos y jurídicos que convirtieron la recaudación de autores e intérpretes de la lengua

española en una empresa de incontestable eficacia. Justamente por eso, porque recaudaba (como Hacienda, por ejemplo) en función de la legislación que faculta a los autores a recibir un porcentaje por el uso que se hace de sus creaciones, fue perseguido de manera a mi juicio innoble desde algunas instancias mediáticas, hasta que llegó Internet, se puso en boga que era imprescindible abrir la creación ajena al dominio público y ya Eduardo Bautista empezó a ser el blanco propicio de todos los insultos, y ya no fueron sólo impresos o dichos, la red lo tuvo como un *trending topic* de la maldad.

Cuando le pedí a Teddy que posara, por decirlo así, para este retrato del insultado, aún no había comenzado la más fiera de las persecuciones contra él, la persecución de la justicia propiamente dicha. Y cuando se produjo su detención y posterior interrogatorio me pregunté si él mantendría nuestra cita, que debía celebrarse algunos días después. En ese momento, mediados de julio de 2011, no sabía siquiera (ni él lo sabía) cuánto tiempo estaría a disposición del juez. Pero salió a tiempo, y cumplió escrupulosamente la cita, que era (siguió siendo) en un restaurante cercano a la SGAE, de la que luego, por razones de las que también hablamos en una cita posterior se estaba ya distanciando... Estaba bien, no encontré mal a Teddy Bautista, ni de ánimo ni de actitud: en aquel momento no sacó a relucir ninguna animadversión por la circunstancia concreta que le había sucedido, ni tenía en la mente, mientras hablamos, otra cosa que el objeto primero de nuestra conversación: cómo se siente un insultado. Y los insultos que ha recibido Bautista han sido tan contumaces y tan continuados (y tan graves) que sólo alguien de mucho temple (y él lo tiene: dice que le viene en los genes) sería capaz de aguantar esa presión cotidiana que ha habido sobre su nombre, y sobre su persona, naturalmente. Como muestra de esa caterva de insultos he traído aquí una antología de lo que se dijo de él en un programa concreto de la mañana, el de Federico Jiménez Losantos en su época de la COPE, la emisora de los obispos. De manera nada pia-



dosa, es la marca de la casa radiofónica de Federico, un hombre de indudable inteligencia, aunque no la use habitualmente para propósitos de entendimiento noble de aquellos a los que tiene como adversarios, el locutor de las mañanas arremetió contra Bautista y contra la entidad que representaba hasta romper los límites e ingresar en lo justiciable. Y como ocurrió en el caso de Rodríguez con Montes, el juez también se asustó de lo que Jiménez dijo de Bautista. Y condenó a aquél. Las muestras que Bautista llevó al proceso son hoy ilustración de la impunidad que algunos creen que tienen para insultar al prójimo valiéndose de la suposición de que nada les va a pasar.

Cómo se sienten los insultados, pues, es el asunto que quería traer aquí, independientemente de procesos y de otras historias relacionados con lo que hacen los insultantes. E independientemente de los procesos habidos o los que estén en curso. He querido hablar de las huellas del insulto en la memoria, y en el alma de los insultados; no he querido entrar en procesos abiertos o cerrados. He querido penetrar más allá de la puerta de los hechos para tratar de entender la señal que dejan en las personas las palabras con que han tratado de tacharlas. Y he querido traer aquí un diccionario variado del insulto tal como lo han visto algunos clásicos.

El trasunto de este libro, o el antecedente, por decirlo mejor, es un volumen que publiqué hace una década en Martínez Roca, sobre la sinceridad (transformada en brutalidad o en insulto) como una de las artes dudosas de la conversación y del periodismo. Cuando Turpial me pidió que siguiera reflexionando sobre el insulto no relacioné aquel libro con este que me pedían; pero es cierto que son concomitantes. La tesis de aquél, si la palabra tesis no es demasiado solemne, era que vivíamos en una sociedad que se había acostumbrado demasiado a la sinceridad como arma oscura de la brutalidad. En nombre de la sinceridad, en efecto, se hacen juicios desconsiderados o insultantes de los demás, se lleva al sonrojo a los amigos o a los conocidos, y se arrincona a las per-

sonas señalándolas («porque yo soy muy sincero») con opiniones o juicios que se pueden decir de otra manera y tener el mismo efecto descriptivo e incluso terapéutico.

En aquella ocasión, el inolvidable maestro Rafael Azcona me ayudó a montar, con su perspicacia, su nobleza y su cultura, un diccionario de la sinceridad (contra la sinceridad, en realidad, y *Contra la sinceridad* se tituló el libro) que ahora he querido imitar aquí haciendo una antología de lo que algunos pensadores dijeron en el pasado sobre el macabro espectro que cubre el concepto de insulto. En esta ocasión, me ayudaron mis amigos Marian Montesdeoca y Ulises Ramos, que encontraron verdaderas joyas que quizá habría que llevar en la solapa para que no nos escupan en ella los insultadores profesionales cuyo rostro, difuminado pero identificable, queda descrito en estas páginas en las que yo entré con pasión y a las que les invito a entrar a ustedes.

Agradezco, en fin, a Turpial, la oportunidad que me da de apoyar, con este manifiesto personal (y le robo el sintagma a Ana María Moix, que ha publicado un hermoso libro titulado así, *Manifiesto personal*, también contra el insulto en que se ha convertido la vida contemporánea), una cruzada cada vez más necesaria contra el uso artero del insulto como elemento de asesinato moral y de chantaje social.